

¿Será el pluralismo psicoanalítico un estado duradero de nuestra disciplina? *

Robert S. Wallerstein

En mis dos alocuciones presidenciales en los Congresos de la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA) celebrados en Montreal en 1987 y en Roma en 1989 (Wallerstein, 1988, 1990), me centré en el tema del pluralismo teórico reinante entre nosotros; lo consideré entonces un asunto importante y polémico de interés para los psicoanalistas y traté de ver dónde podríamos encontrar, frente a esta diversidad, el terreno común que nos define como adherentes a una disciplina psicoanalítica compartida.

Mi argumento era, en esencia, que a lo largo de toda su vida profesional Freud se empeñó afanosamente por mantener al psicoanálisis –que él había creado casi solo– como una estructura teórica unitaria y unificada, y como una profesión y un “movimiento”. Y quienes tenían otra perspectiva teórica, como Stekel, Adler, Jung, más tarde Rank, y por poco Ferenczi, fueron excluidos de las filas del psicoanálisis organizado, tal como había sido establecido por la Asociación Psicoanalítica Internacional creada en el 2º Congreso Internacional de Nuremberg, en 1910.

Sin embargo, aun en vida de Freud, esa visión unitaria no pudo sostenerse. Para empezar, a partir de la década de 1920 surgió la metapsicología alternativa kleiniana, que se mantuvo tenazmente dentro del marco del psicoanálisis organizado (la IPA); ésta reclamaba ser la mejor y más auténtica portadora del legado de Freud, con su

* Publicado en *International Journal of Psychoanalysis*, vol. 86, págs. 623-26, 2005.
Traducido por Leandro Wolfson.

inquebrantable adhesión a las teorías freudianas sobre la pulsión de muerte –que muchos de sus seguidores vieneses estimaron tan problemáticas que, en muchos casos, las desestimaron o rechazaron–; en tal sentido, entendían que transmitían dicho legado mejor que algunos seguidores de Freud más cercanos a él, quienes apoyaban su paradigma de la psicología del yo, en plena evolución. Y después, por supuesto, vinieron las metapsicologías disidentes de Bion y Lacan y de la escuela británica de las relaciones objetales, así como más adelante, en Estados Unidos, la psicología del *self* de Kohut y las actuales corrientes relacionales (interpersonal, intersubjetiva, constructivismo social), todas las cuales se situaron dentro del psicoanálisis aglutinador junto a la psicología del yo, derivada de Freud, que construyeron Anna Freud, Heinz Hartmann y sus colaboradores. Este proceso se dio primero en Europa y en América Latina, y sólo después en Estados Unidos.

Dentro de este pluralismo teórico internacional, que abarcaba y definía nuestro pensamiento y nuestra praxis psicoanalíticos, mi preocupación fue averiguar qué podíamos tener en común que nos definiera a todos como psicoanalistas, y nos diferenciara de otras disciplinas y prácticas no psicoanalíticas. Discerní un terreno común en nuestra teoría clínica, próxima a la experiencia –por oposición a nuestras diversas metapsicologías o teorías generales, apartadas de la experiencia–, o sea, las conceptualizaciones compartidas acerca de los fenómenos perceptibles en nuestros consultorios: la resistencia y la defensa, la angustia, el conflicto y las formaciones de compromiso, la representación del *self* y del objeto, la transferencia y contratransferencia, etc. Dentro de este enfoque, en mi discurso plenario de 1989, en el Congreso de Roma, pasé revista a tres importantes presentaciones clínicas, formuladas en el marco de tres perspectivas teóricas diferentes: la freudiana contemporánea, la kleiniana moderna y la de las relaciones objetales (Grupo Intermedio), procedentes de tres grandes regiones donde se difundió el psicoanálisis: América del Norte, Europa y América Latina. Y pese a las diferencias teóricas con que habían sido conceptualizados estos casos, encontré intervenciones comunes, que abordaban de manera muy similar los fenómenos evidentes en el tratamiento de estos tres pacientes –los cuales, por casualidad, tenían enfermedades y estructuras del carácter muy semejantes.

Explicué esta percepción de un terreno clínico común, más allá de que los sistemas explicativos eran teóricamente diversos, por el

escaso vínculo que existe entre nuestras teorías generales apartadas de la experiencia y nuestras teorías clínicas próximas a ella, así como por la falta de criterios establecidos de inferencia que ligaran de modo más estrecho los dos niveles distintos de conceptualización, el “general” (o teórico) y el “clínico”. A mi juicio, en la presente etapa de desarrollo de nuestro campo, nuestras teorías generales (nuestras diferentes metapsicologías), mediante las cuales procuramos explicar los fenómenos notorios en el consultorio, sólo tienen el carácter de metáforas científicas. Aún no han sido formuladas de una manera que se avenga a las pruebas empíricas (vale decir, firmemente conectada con los fenómenos que se disciernen en la clínica), a la confirmación o la refutación, como en muchos aspectos lo han sido los conceptos de nuestra teoría clínica.

Si bien se prestó a estas concepciones una seria y respetuosa atención desde su surgimiento, no han sido en modo alguno aceptadas consensualmente en el mundo psicoanalítico. En el intervalo entre los Congresos de 1987 y 1989, en el Congreso de 1989 y a partir de él,¹ se alzó un coro de puntos de vista contrarios que rechazaban la premisa de un terreno clínico común, declaraban en su mayoría que existía una estrecha interrelación entre la teoría general y su aplicación clínica, y afirmaban en consecuencia que la diferencia en las metapsicologías se refleja, necesariamente, en intervenciones técnicas claramente identificables. Sostenían, además, que esta situación era una expresión fundamental y conveniente de la vitalidad del psicoanálisis como disciplina; más aún, que había que “celebrar” (Schafer, 1990) el pluralismo psicoanalítico, en lugar de cuestionarlo o deplorarlo.

La postura opuesta, desde luego, es que cualquier actividad que pretenda ser una ciencia debe empeñarse en alcanzar una estructura teórica unificada, la que explique mejor y más económicamente la gama de fenómenos incluidos dentro de sus límites conceptuales. Un ejemplo actual destacado es el de la física teórica, donde los fenómenos del macrocosmos (espacio y tiempo, las galaxias, el universo) son explicados mejor por la teoría de la relatividad de Einstein, en tanto que los del microcosmos (el desconcertante mundo de las partículas subatómicas) es explicado mejor por la mecánica cuántica,

¹ En Bachant y Richards (1993) se hallará un esbozo de su división en cinco grupos principales constitutivos de lo que ellos denominan “metateorías psicoanalíticas” (pág. 455), una de las cuales, la de los que transitan el “terreno común”, me adjudican a mí.

con el consiguiente dilema: dos estructuras teóricas se hallan en flagrante contradicción; si una es correcta, la otra debe ser falsa. Toda una generación de físicos teóricos está empeñada en resolver esta contradicción, tratando de abarcar tanto la mecánica cuántica como la relatividad en una general “teoría de todo” (*theory of everything, TOE*), mediante la teoría, actualmente en desarrollo, de la “supercadena” (*superstring*).

Hoy no parece haber caminos que conduzcan a una solución conceptual de este debate en nuestra disciplina, de un pluralismo intrínseco y esencial de metapsicologías psicoanalíticas (contra la postura de Freud) o de una etapa particular de desarrollo de una disciplina en evolución; todo ello ligado, por supuesto, a la cuestión afín, y quizá supraordinada, del psicoanálisis como ciencia o no ciencia, como disciplina hermenéutica que es fundamentalmente una de las humanidades –dejando de lado la solución propuesta por algunos de un híbrido al estilo de Jano, en parte científico y en parte humanístico.

En lo que a mí respecta, creo ver una posible superación de este debate. Permítaseme explicarme. En tres artículos (Wallerstein, 2000, 2001, 2002), traté de pronosticar nuestro futuro al menos inmediato como disciplina, bajo el título de “la trayectoria del psicoanálisis”. Hemos convivido con nuestro pluralismo teórico durante ochenta años, a partir del surgimiento del kleinismo en la década del veinte, y se ha aceptado y reconocido que ése era el estado de nuestro campo al menos desde mediados del siglo pasado (aunque la hegemonía que otrora tuvo en Estados Unidos el paradigma de la psicología del yo no fue puesto realmente en tela de juicio hasta la aparición de la psicología del *self*, de Kohut, en la década del setenta). Sin embargo, en mi opinión, en la última década (como mínimo) ha habido señales elocuentes, aunque no muy generalizadas, de convergencias evidentes en el plano clínico de la técnica, incluso entre personas que adherían a perspectivas teóricas muy dispares, habitualmente consideradas antitéticas.

No me sorprende que Otto Kernberg publicara en 1993 un artículo en el que señalaba la notoriedad de estas convergencias (junto con algunas discrepancias todavía subsistentes) en la técnica psicoanalítica contemporánea; después de todo, él dedicó las teorizaciones fundamentales de toda su vida a forjar vínculos entre la teoría estructural de las pulsiones (propia de la psicología del yo) y la de las relaciones objetales. A tal fin propuso su concepción de las relacio-

nes objetales internalizadas, consistentes en relaciones con el *self* y con el objeto, y de las valencias afectivas que las ligan, como elementos básicos a partir de los cuales se construye el aparato psíquico estructurado del Yo, el Ello y el Superyó. Partiendo de los “principios de la técnica”, identificó once áreas principales en que las implementaciones técnicas convergían en todo el espectro pluralista, desde las perspectivas freudianas contemporáneas hasta las kleinianas (con la sola excepción de las lacanianas), y otras siete áreas en las que persistían las discrepancias; pero esta lista menor parecía de mucho menos peso, y en algunas de ellas Kernberg veía signos de una inminente resolución de las diferencias o su relegamiento al pasado histórico, porque ya no constituían cuestiones de debate notorias. Kernberg aclaró muy bien qué enfoques teóricos pertenecían a uno u otro bando, y en qué sentido las implementaciones técnicas—y hasta a veces los marcos explicativos de nivel superior—se estaban aproximando.

Pero Kernberg no estaba solo en esto. Glen Gabbard (1995) y Robert White (2001) han escrito artículos siguiendo lineamientos semejantes, en cuyos títulos respectivos figuran las frases “el terreno común emergente” y “convergencias y divergencias”. Kernberg volvió a publicar otro artículo con ideas semejantes en 2001, y del otro lado del Atlántico se aprecia lo mismo en toda la obra de Joseph Sandler (ver 1987), quien durante toda su carrera se instaló en la intersección de tres grandes perspectivas teóricas, en una armonía (a veces incómoda) con la Sociedad Británica, los freudianos y los kleinianos, y, entre ellos, los partidarios de la teoría de las relaciones objetales —cuyos primeros exponentes fueron Fairbairn, Balint, Bowlby y Winnicott, o sea, los conocidos antes como el “Grupo Intermedio”, que ahora se rebautizaron “Grupo Independiente”.

A mi manera de ver, estos escritos apuntan, todavía de modo incipiente, pero creciente, a trascender el pluralismo teórico compartimentalizado retóricamente de nuestros días, con vistas a una “convergencia” o “terreno común”, como queramos llamarlo, ante todo en el nivel clínico, por supuesto; y ese será, en verdad, el futuro inmediato de nuestra disciplina, verdaderamente apasionante: el crecimiento conjunto de un marco general primero clínico y luego, cabe esperar, teórico para el psicoanálisis. Se trata de una visión de una estructura unificada y coherente, clínica y teórica, que, como la de otras disciplinas científicas afines, se prestará a la verificación teórica (y empírica) sistemática, capaz de refinar y ampliar de

continuo la teoría y de conferir cada vez más precisión a su aplicación en el consultorio. Por supuesto, tal vez esta visión no sea compartida por todos. Incorporados a nuestras tareas individuales en estas tendencias actuales y venideras, tal como las he descrito bajo el título de “la trayectoria del psicoanálisis” (Wallerstein, 2000, 2001, 2002), se encontrarán nuestros compromisos personales y nuestra opinión sobre si esto es bueno o malo para nuestra disciplina.

BIBLIOGRAFIA

- BACHANT J. L. Y RICHARDS A. D. (1993) Comentario sobre S.A. Mitchell, Relational Concepts in Psychoanalysis: An integration. *Psychoanal. Dialog.* 3: 431-60.
- GABBARD, G. O. (1995) “Countertransference: The emerging common ground”. *Int. J. Psychoanal.*, 76: 475-85.
- KERNBERG, O. F. (1993) “Convergences and divergences in contemporary psychoanalytic technique”. *Int. J. Psychoanal.*, 74: 659-73.
- (2001) “Recent developments in the technical approaches of English-language psychoanalytic schools”. *Psychoanal. Quart.*, 70: 519-47.
- SANDLER, J. (1987) *From Safety to Superego: Selected papers of Joseph Sandler*. Nueva York y Londres: Guilford Press.
- SCHAFER, R. (1990) “The search for common ground”. *Int. J. Psychoanal.*, 71: 49-52.
- WALLERSTEIN, R. S. (1988) “One psychoanalysis or many?” *Int. J. Psychoanal.*, 69: 5-21.
- (1990) “Psychoanalysis: The common ground”. *Int. J. Psychoanal.*, 71: 3-20.
- (2000) “The trajectory of psychoanalysis: Past and present”. *Samiksa.* 54: 17-28.
- (2001) “La trajectoire de la psychoanalyse: Ou en sommes-nous aujourd’hui? ” [The path of psychoanalysis: Where are we now?]. *Rev. Fr. Psychanal.*, suplemento especial: 81-92.
- (2002) “The trajectory of psychoanalysis: A prognostication”. *Int. J. Psychoanal.*, 83: 1247-67.
- White, R.S. (2001) “The interpersonal and Freudian traditions: Convergences and divergences”. *J. Am. Psychoanal. Assoc.*, 49: 427-55.

¿SERA EL PLURALISMO PSICOANALITICO UN ESTADO DURADERO DE NUESTRA DISCIPLINA?

Robert S. Wallerstein
290 Beach Road, Belvedere,
CA 94920, USA